

La Contrailustración

Víctor Alarcón Olguín

Departamento de Estudios Políticos, (CIDE)

para Esther Kravzov



Premisa introductoria

En 1750, Denis Diderot y D'Alembert sacan a la luz el *Prospectus* de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y de los oficios*, por una sociedad de hombres de ideas,¹ hecho que marca el antes y el después del movimiento de la Ilustración y la modernidad política occidental. A la par que el *Diccionario filosófico* de Voltaire, el *Sistema de la naturaleza* del barón de Holbach, los *Principios de la filosofía natural* de Newton, o *Del espíritu* de Helvetius, la *Enciclopedia* arremetió en contra del monopolio del conocimiento y el dominio político —cuya inspiración permanecía en manos de las corporaciones eclesiásticas—, teniendo como resultado una intolerancia que convierte al siglo XVIII en escenario de una batalla entre la religión y su circunscripción dentro de la ciencia, entre el precepto bíblico y la razón.²

Como apuntan Ramón Soriano y Antonio Porras, el movimiento de las luces no es un proyecto de personas, sino una expresión concreta de que la humanidad asume por fin el reto histórico que le imponía una noción como lo era el progreso, y cuyas ramificaciones debían llevarla por dos senderos hasta ese momento separados: la libertad y la razón.³

En este sentido, la empresa ilustrada implica el decantamiento de todo un nuevo lenguaje, así como de una metodología que comienza a trasladarse de las ciencias naturales hacia las humanidades. No sólo es la descripción o el juicio, sino que ahora la historia, la moral, entre otras tantas expresiones, vuelcan su contenido para ser fijadas dentro de una dinámica revolucionaria, donde el individuo adquiere un papel protagónico que debe ser exaltado como cualidad básica de todo sistema social y del proceso rector de la historia.

En la actividad enciclopédica, nos indica Armando Plebe, se condensa en términos políticos la nueva ideología burguesa expresada en la figura del ciudadano, cuya defensa nos anuncia ese destino definitivo al que por acción de la propia historia, la humanidad se acerca. En este plano político, Kant y Rousseau nos proporcionan, desde puntos equidistantes, la traducción precisa de los objetivos buscados: libertad y democracia. Capacidad de hacer y respeto a la identidad colectiva son, sintéticamente, las pretensiones que la razón tiene como misión en tanto método político.⁴ Sin embargo, estas notas apenas pretenden llamar la atención de forma muy preliminar acerca del proceso de contradicciones y desviaciones con que el movimiento ilustrado enfrenta a sus enemigos. Como bien advierte Ernst Cassirer, la Ilustración es inicialmente la búsqueda por definir en qué momento se halla ubicado el saber humano; cotejar si ese mundo corresponde a su modo de pensar para lanzarse hacia la reconstrucción de un sentido renovado de realidad política, regida ésta bajo un proyecto sistemático y positivo.⁵

No obstante lo anterior, ni la Revolución Francesa —el otro gran paradigma que hoy consagra la herencia ilustrada—, ni las subsecuentes movilizaciones sociales producidas por su impulso, hicieron posible la eliminación total de los planteamientos que tergiversarían

sus contenidos esenciales, una vez formalizadas las nuevas estructuras estatales, quienes a su vez dieron un sesgo distinto al fenómeno cultural de las nacionalidades. La recuperación actual del conservadurismo reaccionario es precisamente consecuencia de un debate político e ideológico aún no saldado y que desempeña un papel central en la crisis contemporánea de los proyectos culturales erigidos alrededor de la modernidad.

Me interesa dejar claro que la crítica al conservadurismo reaccionario no es homologable con la que necesariamente también debe emprenderse contra ciertas corrientes liberales, no obstante que en ellas pueda encontrarse un referente democrático que las haga aceptables a corto plazo.

Por estas consideraciones, la Contrailustración me parece una escuela histórica y política a la que debemos dedicar mayores espacios si en verdad estamos preocupados por dar la lucha en favor de la democracia en su vertiente social.

En esta exposición se trata de dar una enumeración general del problema. No aterrizamos propiamente en un examen de autores, pero me gustaría advertir que la Contrailustración es un proyecto cuyas vetas de articulación política son mucho más complejas de lo que aparecen a primera vista en estas líneas. Esto es, junto al reconocimiento de tres grandes troncos ideológicos que sustentan su originalidad, como lo son el catolicismo reaccionario, el romanticismo y el historicismo, hubo que añadir las contradicciones internas que el liberalismo desarrolla, en tanto se observa como un instrumento igualmente reivindicado por los pensadores democráticos, pero sobre todo por los lectores críticos de la Revolución Francesa adscritos al bando restauracionista. Dicho lo anterior, veamos estos elementos de análisis del movimiento contrailustrado.

La Contrailustración: Algunas consideraciones para su estudio

La oposición al movimiento ilustrado asumió, de manera similar a la experimentada por la Contrarreforma religiosa del siglo XVIII, una vertiente generalmente irracional, tradicionalista e intolerante en el plano ético. Si bien la Reforma protestante había hecho factible el desmantelamiento del poder ideológico y político detentado por la Iglesia Católica, con la subsecuente fractura en favor del surgimiento de una organización estatal centralizada —cuyos límites eran acotados por grupos económicos regionales fuertemente definidos—, las revoluciones sociales del siglo XVIII difundieron con firmeza el deseo de darle forma real a todo un conjunto de ideas fraguadas desde los salones literarios por los intelectuales prohijados en el Tercer Estado (comerciantes e industriales), el bajo clero y un sector avanzado de la aristocracia, mismas que propugnaban un concepto de razón efectivo y suficiente, en tanto rectora del devenir social; una libertad que propiciara una economía justa e igualitaria; una república que se rigiera bajo el postulado democrático y que enterrase los atavismos absolutistas-feudales; y finalmente, aspirar a la construcción de una nueva moral basada en la instrucción educativa del hombre, misma que pudiera aplicar sus enseñanzas como tal mediante la secuencia:

Ciencia - Razón - Política - Libertad - Moral

A partir de este punto, la historia debía ser otra. No en balde la Revolución Francesa destruye el tiempo tradicional e instaura un calendario propio, como una demostración de que la fuerza de los acontecimientos podía prescindir de la inercia de los argumentos costumbristas y de las leyes opresoras del *Ancient Régime*.

La Contrailustración, contra lo que podría suponerse, no puede ser caracterizada como una monolítica

reacción inmediata hacia cada uno de los postulados iluministas, sino que, en mayor o menor medida, sus secuelas que fueron adoptadas por pensadores de la talla de Guizot (*De la democracia en Francia*), Constant (*Principios de política*) o Burke (*Reflexiones sobre la Revolución Francesa*) en Inglaterra y Francia; como Fichte (*Discursos a la nación alemana*), Müller (*Elementos de política*) o Schelling (*Sistema del idealismo trascendental*) en Alemania; o por Juan Donoso Cortés en España (*Lecciones de derecho político*) significaron, pese a sus críticas al movimiento ilustrado, un intento por rectificar y actualizar muchos de los errores en que habían incurrido las monarquías absolutas merced a su concepción despótica del poder.⁶

Partidarios en su mayoría de la Restauración, su límite inmediato era el de que la libertad individual conquistada vía el ejercicio del pensamiento racional frente a la religión, también se pudiera garantizar de cara al Estado y, simultáneamente, admitir que los derechos naturales otrora delegados a la potestad del soberano, se convirtieran a partir de ese momento en inalienables y popularmente concebidos en todas las declaraciones políticas de las prerrogativas jurídicas del hombre y el ciudadano. Esta visión demasiado optimista sería motivo de ataque y moderación por parte de gente como J.J. Bachofen en textos como *El derecho natural y el derecho histórico* (1841), o de manera más temprana por Guillermo de Humboldt en *Sobre la teoría general del Estado* (1791).⁷

La restauración monárquica debía entenderse así como una estación obligada para evitar los excesos en que la democracia incurriría en caso de que prevaleciera el criterio de organización republicana constitucional. En tales circunstancias, la Contrailustración no es una corriente antipositivista en un sentido expreso respecto de lo jurídico, pero es contundentemente propugna-



dora, como se verá más adelante, de que los alcances democráticos sean mínimos y que en los hechos sólo describan salidas formales de inclusión hacia las grandes mayorías en lo concerniente a sus derechos legales. Un caso extremo que cancela inclusive esta propuesta es la obra del catolicista reaccionario Louis Ambroise de Bonald, intitulada *Teoría del poder político y religioso* (1796), donde clama abiertamente la negación del regicidio como una salida cristiana para la defensa

de la religión o la seguridad pública. Rota la tradición, el futuro de Francia, y por extensión del continente europeo, a costa de la razón y la ciencia, serían consecuencia de los excesos de las muchedumbres incapaces de gobernar.⁸

Aunadas a estas características, la Contrailustración —nos advierte Isaiah Berlin— también mantiene la tendencia a negar la superación de la historia a partir de la idea del progreso; al mismo tiempo, soslaya la posibilidad de reducir a leyes naturales el conocimiento y el carácter de las sociedades en su movimiento cotidiano. Apela entonces a una vuelta a la mitificación individualista acerca de la propia naturaleza, las costumbres y, en particular, a los héroes (Carlyle, por ejemplo), en cuya excepcionalidad se testimonian los momentos en que la humanidad se ha apoyado cuando prevalecen escenarios de crisis.⁹

Adicionalmente, esta interpretación exalta el surgimiento de dos movimientos altamente significativos y que dotan al sentimiento contrailustrado de una relativa homogeneidad: el *romanticismo* y el *historicismo*. Éstos reflejarán, entonces, dos vertientes que con posterioridad servirán incluso a pensadores de corte socialista y anarquista, igualmente inconformes con la realidad, pero que presentan la particularidad de cavar pasadizos subterráneos entre las tradiciones ideológicas arriba señaladas, buscando a su manera completar una revolución popular e individualista (como lo será en el caso anarquista) que corre el peligro de quedar trunca a causa de ese espíritu restaurador del absolutismo.

Quizá en este aspecto escéptico, la Contrailustración fue una expresión que a la larga opera en contra de sí misma, dado que permite pasar de un idealismo trascendental tardío (Schelling), que atribuye la capacidad de cambio a una naturaleza deísta ajena al hombre, hacia un protagonismo materialista marcado por un

sujeto revolucionario que encarna en la figura del pueblo y que, con posterioridad, se ajusta al problema del *proletariado = clase obrera*. En este sentido, la Contrailustración previene respecto a considerar una asociación gratuita entre *verdad = método*. Tal cuestión apenas parece valorarse con la crisis contemporánea del propio marxismo y una vez fracasado el intento de construir una totalidad desde la materia, misma que fuera capaz de subordinar a la libertad y a la razón.

Como salida cognitiva, la Contrailustración es eminentemente un movimiento basado en la expresión literaria, como lo demuestra la corriente romántica y, subsecuentemente, en un ejercicio histórico que nos remite hacia el pasado como fuente obligada para prevenir el error de las decisiones políticas. Las circunstancias explican a los hombres y el porqué de su conducta. Nadie es un hombre libre, sino que todo está regido por factores atribuibles a la moral y la religión. Después de la Re-volución Francesa, esta justificación se convierte en un ataque al argumento del realismo, que era visto como la utilidad que ocasiona para el Estado la acumulación de riquezas, así como la demarcación de las obligaciones públicas de los ciudadanos. Por ello, la filosofía de la historia contrailustrada apela al retorno de los mitos griegos y romanos como ideario de una natural meritocracia, la cual califica o no la condición humano = ciudadano; es la exacerbación irracionalista con la cual se puede detectar el fracaso de origen que desarrolló el historicismo alemán en tanto intento restauracionista, y que da al traste con todo vínculo democrático en la aplicación del derecho político.¹⁰

El sentido de nación, visto como constancia de un espacio regional propio, se antepone así al de la lealtad con los grupos ilustrados triunfantes, más preocupados por aspirar a ambiguas expectativas de fusión e identidad universalista y solidaria. De allí que el liberalismo,

aunque sea partícipe inicial en el triunfo de las revueltas burguesas, tenga que dar un giro y se enraice en una concepción antiestatista, lo que le convierte al mismo tiempo en conservador sin dejar de ser plenamente revolucionario; todo coto al poder administrativo no es excesivo, sino necesario para verle reducido una mera expresión burocrática. Sin embargo, el compromiso de orden y seguridad expropián a partir de ese instante, el sentido racional con que el propio Estado justifica su



utilidad y los beneficios que produce hacia los ciudadanos. El liberalismo se parte en dos tendencias: la primera, que sirve al principio conservador restauracionista aliado ahora a las nuevas élites capitalistas; la segunda, que se remite hacia un horizonte democrático difuso, el cual amparará las reivindicaciones políticas de una colectividad engañada y despojada de todo atributo social, excepto de su fuerza de trabajo y, eventualmente, de su derecho a votar en condiciones preñadas por el nuevo derecho de los triunfadores.

En otra de sus características, la Contrailustración rechaza la homogeneidad; por ende, cierto liberalismo puede ser adoptado como parte integrante suya, con objeto de promover la defensa de sus privilegios todavía vigentes: es el individuo y su capacidad lo que le permite abrirse camino dentro del conocimiento y así poderse hacer entender por los demás. Su libertad moral define las fronteras de lo público y lo privado, el principio de propiedad y el ejercicio de sus derechos frente al Estado, elementos que ciertamente se deben al rescate hecho por los movimientos de 1789.¹¹

Atendiendo estos principios, el liberalismo no reniega sino extiende una óptica "comprensiva y compasiva" de la historia y la civilización hacia aquellos que no están en posibilidades de conocer. Sin duda, un dato interesante puede ser el hecho de que incluso los argumentos altamente científicos, como la selección natural evolucionista, serían retomados por los conservaduristas para darles un sesgo diferenciador y clasista. Estar consciente de "sus responsabilidades históricas" hacía que el individuo tuviera que luchar por el respeto irrestricto de ese y todos los derechos adquiridos para sí y sus conciudadanos.¹²

La adaptación del movimiento conservador frente a este tipo de planteamientos democráticos e igualitaristas, sólo serán negociables mediante la introducción de

principios legislativos que obliguen a que las reglas no sólo deben adoptarse, sino también cumplirse —aunque sea por la fuerza— en la medida en que uno las practique y convenga. La democracia como camino hacia la libertad, según esta argumentación, no es factible en tanto significa una experiencia histórica desconocida en cualquier época y lugar. En cambio, la libertad es un valor incuestionable y constatado desde la misma antigüedad, que por sí sola deberá conducir hacia situaciones de justicia e igualdad. Constant ejemplifica con claridad que la libertad de los modernos era un ideal que debía ser moderado en sus pretensiones democráticas. Aquí radica, indudablemente, otra de las grandes paradojas de las tesis contrailustradas.¹³

Una consecuencia inmediata de lo anterior, es que una corriente de la Contrailustración se asume bajo la forma estética del drama, debido a la asunción de que la vieja moral está perdida y es difícilmente recuperable. Es el rechazo a una universalidad que objetive las capacidades del pensamiento racional, y la cual nos coloquemos en posición de lograr "la" solución definitiva a la problemática histórica de la humanidad.

Cancelada dicha opción, no resulta sorprendente la utilización del orden autoritario o dictatorial como el único mecanismo permisible de cohesión política (Donoso Cortés). De nueva cuenta, aparecen lecturas anti-democráticas y antiliberales como las de Bonald o Abraham Chamieuz, quienes desde las etapas tempranas de la Revolución Francesa reivindican al prejuicio como un arma legítima en favor de la tradición.¹⁴

Aun cuando son inaceptables el argumento del examen y la crítica, la Contrailustración paulatinamente sucumbirá ante el racionalismo y el empirismo, dado que éstos les servirán como instrumentos que, a su manera, les darán una evaluación positiva de la política, una vez consumado, a principios del siglo XIX, un retorno al

control del gobierno mediante transacciones y alianzas con la burguesía, mismas que se evidenciaron en su apoyo financiero a esta última para sofocar las revueltas populares que intentaban derrotar por completo el principio monárquico de organización política. De esta forma, la Contrailustración se manifiesta ahora como defensora de un conservadurismo liberal que al fin puede separarse de su filiación católica, transformando su rostro político absolutista en un constitucionalismo parlamentario moderado.

El liberalismo se asocia con el historicismo y el romanticismo, pero esto no impide que, derivado de su propio camino, su ideario alimente a los sectores revolucionarios de 1830 y 1848. A partir de entonces la democracia se convierte en forma renovada, en el centro de atracción para el debate político, sea negándola o afirmándola como complemento del propio horizonte liberal para completar la destrucción del Estado feudal integrado bajo la forma de estamentos y corporaciones. La democracia, aun sin proponérselo directamente, "ayuda" a la legitimación del liberalismo en tanto movimiento ideológico útil para la propia Ilustración occidental y el desarrollo capitalista industrial. El liberalismo, no obstante lo anterior, marca el costo económico por la entrada a la modernidad, que se manifiesta en un proceso de acumulación salvaje cuyo eje racional ni es ético, ni mucho menos racional: es fisiocrático y utilitarista. (Adam Smith y Jeremy Bentham en Inglaterra, así como Frédéric Bastiat en Francia, son testimonio de dicha línea de pensamiento).¹⁵

Este desencanto, al mismo tiempo, precisa las realidades ocasionadas por una nueva legitimidad política estatal, en tanto que ésta no fue derruida, tal como lo esperaban las masas, sino que la burguesía le imprime una institucionalización que descubre que el poder sólo había cambiado de manos. Al ascenso de Napoleón

Bonaparte, Hegel y una gran cantidad de pensadores aceleraron su decepción histórica respecto del movimiento ilustrado y se recluyeron en la Contrailustración, con el fin de evitar que la degeneración política producida en Francia terminara por contaminar el proceso de construcción nacional en Alemania. Si bien era necesario que la "Revolución de la ciencia" se diseminara por Europa, ésta no podía ser cómplice de una farsa ambiciosa de poder como la que pretendía ocultar el expansionismo gallo. Aquí Hegel tuvo que volver sobre sus tesis y observar desde adentro que habría necesidad de esperar mucho tiempo antes de que Alemania —y Europa en su conjunto— pudieran seguir los pasos de Inglaterra y Norteamérica, en lo relativo a vincular dentro de un mismo aparato ideológico la sumatoria *libertad + democracia = capitalismo*. La revolución burguesa de corte "benigno" debía aguardar un nuevo turno para jugar.¹⁶

¿Romanticismo e historicismo son contrailustrados?

El romanticismo es la máxima expresión artístico-ideológica que se enfrenta inicialmente al planteamiento racional-moderno. En su trasfondo, como ya se ha insinuado previamente, es parte del movimiento liberal, debido a que en la mayoría de sus defensores existe la apelación a la capacidad de crear. (Un representante valioso de ello es Víctor Hugo).¹⁷

En tanto especie de una razón crítica al método, el romanticismo se traduce políticamente en un movimiento de honda significación revolucionaria, lo cual le permite moverse hacia varias direcciones. Michel Löwy, en un espléndido ensayo, define tales rutas y explica cómo el marxismo en particular se convertirá en el exponente

más nítido de dicho movimiento, en tanto que reúne buena parte de las características que consisten en rechazar el presente enajenado del maquinismo industrial, mismo que implica un desencanto inicial por la humanidad y sus capacidades culturales, pero que al mismo tiempo es capaz de proponerse una revaloración ética con el objetivo de emancipar a los hombres mediante la apropiación de los medios materiales que ahora benefician a unos cuantos. Aquí estriba una radical separación respecto del romanticismo ensimismado que desarrollarán los románticos contrailustrados.¹⁸

En general, las posiciones románticas pueden contenerse en una afirmación continua de rechazo hacia lo existente, así como por una evocación con respecto a un ideal moral del hombre, cuyos grados extremos lo llevan a una interiorización idealista de la historia y de la sociedad. De esta manera, el romanticismo es una cualidad que permite auspiciar "la conciencia de la época", la cual subyace dentro de las sociedades donde prevalece el tránsito de una forma de organización a otra. En este sentido, su espíritu contrailustrado primigenio no puede ser tan cuestionable como el expresado por los católicos conservadores. Siguiendo aquí a Roger Picard: "...parece ser que la querrela que se les busca en nuestros tiempos a los románticos es principalmente de orden político, ya que ha resultado (...) que las preocupaciones sociales de los grandes autores románticos les llevaron hacia la democracia para acabar de unirlos definitivamente a ella."¹⁹

A su manera, el romanticismo político implicaba una especie de restauración del concepto de sociedad civil. Baste citar que dentro del contexto generado por esta polémica (que sin duda se abre con la aparición del *Emilio* de J.J. Rousseau, en tanto expresión que abre surco a los planteamientos enciclopedistas), se define una exaltación genérica respecto de la "bondad" y los

derechos naturales del hombre, cualidades pervertidas por las ambiciones egoístas de poder y las pasiones de riqueza. Esta temática se extiende en textos como las *Cartas sobre la educación estética del hombre*, de Schiller, o en *Cartas sobre la educación infantil*, de Pestalozzi, donde se cristalizan las aspiraciones de fomentar una conciencia emocional que preserve una autonomía individual, antes que ceder irreflexivamente a la dogmatización científica y el envilecimiento político frente al Estado. (Es decir, se trataba de preservar la vocación de cultura tradicional como valor antecedente a la civilización moderna).²⁰

Por otra parte, en la visión de H.G. Schenk, el rechazo romántico conservador al supuesto triunfo del proyecto original de la Ilustración, sobre todo a partir de 1830, indicaba la necesidad de avanzar sustancialmente en lo político, pero también marcaba una intolerancia reciclada ahora hacia un concepto uniforme de civilización masiva. Aceptaban lo genuino del devenir histórico, pero con esta suerte de prevención: "Llevada a su conclusión lógica, la 'singularidad' se aplicaba no sólo a una etapa distintiva del desarrollo de la persona, sino también a unidades de tiempo mucho más breves, y en último análisis, a cada momento de la vida".²¹

En este punto, el historicismo (L. Ranke, J.G. Droysen, H. Rickert J. Burckhardt, y T. Mommsen, entre otros) relativiza y reduce la carga determinista con que la Ilustración había subordinado al destino humano.²² La literatura, la música y las bellas artes en general revelan una realidad cuya forma debe ser preservada. La educación debe contener un énfasis sensible y sólo después incorporará el carácter lógico. Las artes deben moverse en un espacio superior al sentido práctico de los oficios, cuestión que para los enciclopedistas franceses fuera quizá un paso imprescindible en el dominio de la causalidad natural y en la

adquisición de los instrumentos racionales que permitieran liberarlo políticamente. Sin embargo, los románticos se separan de los historicistas precisamente por concentrarse en un sentido estético, que ciertamente no podía soslayar el propósito ético con el que la historia debía calificar la justeza o no de los cambios sociales y sus protagonistas.²³

Sin embargo, la reacción liberal-conservadora que se alza en contra de sus antiguos aliados, hace que los románticos y los historicistas modifiquen sus fundamentos metodológicos, al punto de considerar que ya no serán suficientes las sensaciones —ni la posesión de una conciencia individual por separado— para evitar el vacío en los referentes colectivos erigidos alrededor del ideario revolucionario ilustrado. Dejar todo en manos del relativismo histórico constituye el riesgo que conduce más hacia la anarquía que a la estabilidad de los imaginarios culturales colectivos, con su consiguiente traducción política: la lucha de clases. Bajo esta consideración, el refugio del romanticismo será la radicalización y denuncia de la sociedad existente como injusta y desigual. El romanticismo sufrirá una inversión ideológica: no se detiene, sino que acelerará su marcha asociado ahora con la democracia.²⁴ El romanticismo se convierte así en una utopía política más cuyo valor, en el fondo, permite rastrear la persistencia del modernismo de las Luces hasta nuestros días.

El romanticismo es quizá, desde esta perspectiva, uno de los planteamientos cuya identidad puede ser peligrosa si lo disociamos de su vínculo democrático-liberal. Al mismo tiempo, el historicismo se significa como la recuperación de los factores culturales, mismos que conceden una línea de asociación no dada bajo criterios monolíticos, sino mediante una exaltación acumulativa de los valores que permiten pasar de una etapa a otra. El valor y servicio que tributaron al movimiento

contrailustrado no puede reducirse a un veredicto absoluto. Sin duda, el resultado de estas notas contesta provisionalmente con una negativa, la pregunta relativa a considerar dichos movimientos como contrailustrados en un sentido puro y unívoco. De alguna forma, la democracia y la libertad persistieron como sus aspiraciones, pese a los errores morales y políticos en que incurrieron los sistemas sociales decimonónicos. En el mejor de los casos, la herencia romántica e historicista anuncia que la Ilustración permanece en un estado de puntos suspensivos respecto del cumplimiento cabal de sus principios.

Por todo lo expuesto anteriormente, puede atestiguiarse que la Contrailustración no es un fenómeno desdeñable. Muy al contrario, debe evitarse que muchos de sus postulados sigan subsistiendo en el oscurantismo que hoy arremete con renovados bríos dentro de nuestras sociedades políticas.

Notas

- 1 El *Prospectus* es actualmente conocido como el *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, Aguilar, Madrid, 1974; en cuyas páginas se concentra una exposición del estado actual que privaba en la organización de las ciencias, y en la cual concedían especial énfasis a las consideraciones definidas por Francis Bacon en su obra de 1623, *Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana*, Juan Pablos, México, 1984.
- 2 Por ejemplo, vid. trabajos como los de Kant: *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1793), Alianza Editorial, Madrid, 1981; o la monumental *Doctrina de la ciencia* (1794), de J.G. Fichte, Aguilar, Buenos Aires, 1975.
- 3 Cfr. Ramón Soriano y Antonio Porrás: "Estudio preliminar", en *Artículos políticos de la Enciclopedia*, Tecnos, Madrid, 1986, pág. XVI.
- 4 Armando Plebe, *¿Qué es la Ilustración?*, Doncel, Madrid, 1971, pág. 105 y ss.
- 5 Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*, FCE, México, 1981, pág. 17 y ss.

- 6 F. Guizot, *De la democracia en Francia*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981; B. Constant, *Principios de política*, Aguilar, Madrid, 1970; E. Burke, *Textos políticos*, FCE, México, 1984; J.G. Fichte, *Discursos a la nación alemana*, Editora Nacional, Madrid, 1977; A. Müller, *Elementos de política*, Doncel, Madrid, 1977; F.W. Schelling, *Sistema del idealismo trascendental*, Anthropos, Barcelona, 1988; y finalmente, J. Donoso Cortés, *Lecciones de derecho político*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984.
- 7 J.J. Bechhofen, *El derecho natural y el derecho histórico*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1978; Guillermo de Humboldt, *Escritos políticos*, FCE, México, 1983, págs. 77-85. Para una precisión más acuciosa de los términos prerogénicos con que el ideario de la revolución valoró al derecho natural frente al nuevo derecho público, vid. B. Groethuysen, *Filosofía de la Revolución Francesa*, FCE, México, 1989, págs. 233 y ss.
- 8 Louis Ambroise de Bonald, *Teoría del poder político y religioso*, Tecnos, Madrid, 1988. Para una extensión de los planteamientos de dicha escuela, remito a B. Jouvenel, *Los orígenes del Estado moderno*, Aldaba, Madrid, 1977. Aquí se rescata la valoración del sistema de libertades como sinónimo de garantías a cuestiones como la propiedad, la asociación política, pero sobre todo, a la libertad de creencias religiosas.
- 9 Isaiah Berlin, "La Contraiustración", en *Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas*, FCE, México, 1983, págs. 59-84.
- 10 Cfr. César Cansino, *Historicismo y ciencia social*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, FCPS-UNAM, México, 1989, págs. 12 y ss.; también remito al clásico texto de F. Meinecke *El historicismo y su génesis*, FCE, México, 1982, págs. 11-18.
- 11 Helena Béjar, *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, págs. 29-40.
- 12 Christian Bay, "La libertad como una calamidad: El caso del individualismo liberal en el mundo occidental", en *Opciones*, Santiago, CERC, núm. 8, enero-abril, 1986, págs. 81-113.
- 13 B. Constant, *De la libertad de los antiguos comparada a la libertad de los modernos*, Tecnos, Madrid, 1988.
- 14 Ramón Soriano, *La Ilustración y sus enemigos*, Tecnos, Madrid, 1988, págs. 45-64.
- 15 Cfr. Elia Halévy, *The growth of philosophic radicalism*, The Beacon Press, Boston, 1955, págs. 440 y ss.; De igual forma, vid. Martín Diego Farrell, *Utilitarismo: ética y política*, Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 1983, págs. 152-164.
- 16 Jürgen Habermas, "La crítica de Hegel a la Revolución Francesa", en *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Tecnos, Madrid, 1987, págs. 123-140.
- 17 Para Víctor Hugo, el defecto sustancial está en que "Los historiadores modernos, escribiendo según las crónicas, no vieron en los libros más que lo que síñ había: hechos contradictorios a resolver y fechas a conciliar. Escribiendo como sabios, se preocupan mucho de los hechos y casi nada de las consecuencias, no extendiéndose sobre los acontecimientos según el interés moral de que fueran susceptibles, sino según la curiosidad que aún mantuvieran con respecto a los acontecimientos de su siglo. *He aquí por qué la mayoría de nuestros historiadores comienzan por compendios cronológicos y terminan por gacetas.*" (énfasis mío, V.A.O.): "La Historia", en *Literatura y filosofía*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946, pág. 44.
- 18 Michel Löwy, "The Romantic and the Marxist critique of Modern Civilization", en *Theory and Society*, Martinus Nijhoff Publishers, St. Louis, V.16, n.6, noviembre, 1987, págs. 891-904.
- 19 Roger Picard, *El romanticismo social*, FCE, México, 1987, pág. 25.
- 20 J.J. Rousseau, *Emilio o de la educación*, Porrúa, México, 1972; Aquí es interesante cotejar la postura de Rafael Farfán en su artículo "Rousseau y el romanticismo político", en *Casa del tiempo*, UAM, México, núm. 68, nov.-dic. de 1986, págs. 15-21; también cfr. J.F. Schiller, *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Aguilar, Madrid, 1981; y J.H. Pestalozzi, *Cartas sobre la educación infantil*, Tecnos, Madrid, 1988. Las diferencias sustantivas entre "cultura" y "civilización" fueron motivo central del enfoque frankfurtiano y por ello valdría la pena no dejar de consultar la *Dialéctica del iluminismo*, de T.W. Adorno y M. Horkheimer, Buenos Aires, Sur, 1970, pág. 146 y ss.
- 21 H.G. Schenk, *El espíritu de los románticos europeos*, FCE, México, 1983, pág. 47.
- 22 Cfr. L. Ranke, *Sobre las épocas de la historia moderna*, Editora Nacional, Madrid, 1984; J.G. Droysen, *Historia*, Alfa, Barcelona, 1983; H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Espasa-Calpe, 1952; J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, FCE, México, 1983; y T. Mommsen, *El mundo de los cesáres*, FCE, México, 1945.
- 23 Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, FCE, 1984, págs. 56-70.
- 24 Jacques Droz, *Le romantisme allemand et L'Etat. (Résistance et collaboration dans L'Allemagne napoléonienne)*, Fayot, Paris, 1966. cfr. la primera parte, capítulo 1: "La destrucción des valeurs rationnelles", págs. 19-47. Sin duda, es un libro esencial para quien desee incursionar en esta temática.